

MÉXICO ANTE LOS ESTADOS UNIDOS EN LA COYUNTURA ACTUAL

MARIO OJEDA*

INTRODUCCIÓN

EL TEMA de las relaciones México-Estados Unidos ha cobrado actualidad súbitamente. Después de un largo letargo de confinación a unos cuantos recintos universitarios, el tema ha adquirido nuevamente reputación en círculos oficiales de ambos países; entre mayor número de investigadores a ambos lados de la frontera; y entre comentaristas periodísticos de resonancia internacional, quienes se empiezan a ocupar del problema. Este renovado interés es debido, es cierto, a la magnitud de algunos de los problemas que aquejan hoy día estas relaciones —por ejemplo, los millones de mexicanos que residen o trabajan en los Estados Unidos sin la autorización migratoria correspondiente— pero también es cierto que muchos, indudablemente, se han visto atraídos más bien por la espectacularidad de algunos de los otros problemas —tráfico de drogas, intercambio de presos, etc. Pero sobre todo, lo que parece llamar la atención de la mayor parte de los nuevos adeptos al tema, es la riqueza e importancia política del nuevo petróleo mexicano.

Sin embargo, a pesar de este renovado interés en el tema, nadie se ha abocado a la tarea de estudiar el trasfondo político-económico —o coyuntura, como preferirían llamar otros— que constituye el marco dentro del cual se discuten y negocian estos problemas. Su estudio tiene importancia porque dicho trasfondo necesariamente tiende a influir en la solución que finalmente se dé a los problemas.

Sin pretender ir al fondo del asunto, el presente trabajo intenta bosquejar el nuevo trasfondo de las relaciones México-Estados Unidos significado, de una parte, por la reducción de la posición negociadora de México, vista la crisis económica por la que atraviesa el país, que obviamente lo hace

* Profesor e investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Colabora con ésta y otras revistas especializadas, sobre cuestiones mexicanas e internacionales. Autor del libro: *Alcances y límites de la política exterior de México*. México, El Colegio de México, 1976.

más vulnerable a posibles presiones provenientes del exterior. De otra parte, el hecho inescapable de que ambos gobiernos son relativamente recién llegados al poder y coincidentes en el inicio de sus respectivos mandatos. Finalmente, la política exterior del nuevo gobierno norteamericano, influida por la búsqueda de una nueva legitimidad interna e internacional —después de Vietnam y Watergate— así como por la llamada “crisis de los energéticos” y coloreada por el nuevo énfasis en la defensa y promoción de los derechos humanos.

EL DEBILITAMIENTO DE LA POSICIÓN NEGOCIADORA DE MÉXICO

Uno de los principales objetivos que el gobierno de Luis Echeverría oficialmente se trazó en materia de política exterior, fue luchar por la reducción de la pesada dependencia unilateral de México respecto de los Estados Unidos. Para ello se elaboraron y pusieron en marcha políticas diversas: se solicitó al Congreso la aprobación de varias leyes importantes; proliferaron los nuevos organismos gubernamentales y se firmaron un sinnúmero de convenios internacionales de todo tipo. Además, el propio presidente se embarcó en una febril diplomacia de tipo personal, que lo llevó a visitar cerca de cuarenta países y varios organismos internacionales, aparte de haber fungido como anfitrión de un sinnúmero de jefes de Estado que visitaron México durante su gobierno.

Por otra parte, el presidente Echeverría decidió convertirse, durante su mandato, en uno de los más activos promotores del Tercer Mundo. Él fue quien inspiró y patrocinó el proyecto original de la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados; promovió la creación del SELA (Sistema Económico de Latinoamérica), organismo planeado para la coordinación de políticas tendientes a la protección de los intereses económicos de la América Latina; promovió también la creación de un sistema similar para los países del Tercer Mundo; y ordenó la activación de la participación de México en los foros internacionales en favor de las causas tercermundistas. A más de lo anterior, fundó el Centro de Estudios Sociales y Económicos del Tercer Mundo, con sede principal en la Ciudad de México y del cual se convirtió, al dejar el poder, en su propio presidente; y hasta llegó a promover —sin éxito— su propia candidatura al puesto de Secretario General de las Naciones Unidas, dado que la renovación de dicho puesto habría de coincidir con el fin de su mandato como Presidente de México.

Sin embargo y paradójicamente, el México que Luis Echeverría dejó a su sucesor en el poder, resultó ser un país mucho más dependiente del exterior que el que recibió de su antecesor y las bases estructurales para

poder seguir una política exterior más independiente —y en todo caso una más activa promoción de las causas del Tercer Mundo— se redujeron drásticamente. ¿Cómo explicarse esta contradicción?

Tal vez para el observador común siempre expuesto a la tentación de caer en interpretaciones fáciles y simplistas, la razón principal del fiasco resida en la ya gastada teoría de que los reformistas sociales de tipo grandilocuente, siempre acaban por empeorar los problemas mismos que trataron de remediar. Sin embargo, esta explicación no nos conduce muy lejos, pues el fenómeno es indudablemente bastante más complejo. Porque aún sin negar la gran brecha que prevaleció entre la exagerada retórica de Echeverría y sus actos y logros reales, por otra parte es un hecho que existían grandes obstáculos de orden estructural que para superarlos no bastaba la voluntad presidencial: obstáculos de carácter interno económico y político, así como las realidades concretas del mercado internacional y de la estructura mundial del poder, para los que el presidente Echeverría y el gobierno mexicano no tenían el poder —o tal vez en algunos casos ni el ánimo ni el deseo— de contrarrestar.

Veamos más de cerca el fenómeno, pues muchas de las causas de la posterior debacle ya estaban presentes aún antes de 1970. En efecto, podría decirse con certeza que durante los veinte o veinticinco años que siguieron al fin de la segunda guerra mundial, México gozó de una relativamente más amplia libertad de acción internacional que la mayoría de los países en desarrollo. Esto se debió a que, a pesar de enfrentar en términos generales problemas similares a los de sus vecinos del sur, México gozó de una posición económica más desahogada y de una más sólida estabilidad política. Esta situación de mayor desahogo podría explicarse a la luz de los factores siguientes, que marcaron una clara diferencia respecto del común denominador de los países en desarrollo:

1. Antigua y sólida estabilidad política;
2. Continua y autosostenida tasa de crecimiento económico;
3. Fuentes alternativas de obtención de divisas extranjeras —además de la exportación de mercancías y la asistencia económica internacional— significadas fundamentalmente por el turismo extranjero;
4. Autosuficiencia —definida en términos económicos— en materia de alimentos básicos y petróleo;
5. Baja tasa de inflación;
6. Amplia solvencia en los mercados financieros internacionales;
7. Válvula de escape al desempleo y subempleo mediante la migración temporal o definitiva de trabajadores al exterior.

Estos factores le permitieron a México enfrentar los problemas del esfuerzo hacia el desarrollo con mayor seguridad, con menos urgencia en

cuanto a la escasez de recursos para su propio financiamiento, al tiempo que le aseguraban una más firme posición negociadora frente al exterior.

Con el tiempo, sin embargo, estos factores diferenciales fueron deteriorándose. Así tenemos, por ejemplo, que el tradicional déficit comercial, presente ya desde los inicios del periodo que nos ocupa, creció continuamente a lo largo de los años cuarenta y cincuenta. Sin embargo, durante estos dos decenios el déficit pudo ser compensado por ingresos provenientes del turismo extranjero y de las remisiones de los trabajadores migratorios a los Estados Unidos. Pero para el decenio siguiente, cuando el déficit comercial se deterioró aún más, el superávit turístico empezó a reducirse en términos relativos, disminuyendo su papel de compensador del déficit comercial. Esto se debió a que, a partir de esos años, el gasto de viajeros mexicanos al exterior comenzó a ser significativo, devolviendo al extranjero, cada vez en mayor magnitud, parte de las divisas que ingresaban al país por este concepto.

Más importante aún que lo anterior es el hecho de que, no obstante que gracias al turismo extranjero y a otros invisibles, México nunca tuvo necesidad urgente de obtener financiamiento del exterior por razones deficitarias de balanza de pagos, los sucesivos gobiernos de la época se embarcaron en una política de endeudamiento externo, como una más fácil alternativa a la elevación de impuestos y tarifas de servicios varios.¹ Puesto que México nunca fue elegible —por razones tanto económicas como políticas— a préstamos internacionales baratos de carácter politizado, como eran los de la Alianza para el Progreso, tuvo que obtenerlos, en el mejor de los casos, de las instituciones internacionales públicas, pero en gran parte de los bancos privados. Esta última razón explica por qué la deuda externa mexicana estuvo siempre sujeta, en lo general, a términos financieros menos liberales que los del común de, por ejemplo, los países latinoamericanos.

La consecuencia fue que con el tiempo la deuda externa llegara a crecer lo suficiente como para crear presiones adicionales a la ya de por sí dete-

¹ Claro está que puede argumentarse que estos préstamos resultaban convenientes para financiar proyectos de desarrollo autorrecuperables, dados sus largos plazos de amortización, o en todo caso porque venían a complementar el insuficiente ahorro interno. Pero aún así queda por verse si la magnitud de los préstamos se justificaba. Por otra parte está claro que la política de endeudamiento vino justamente a inhibir en gran medida la reforma fiscal y la racionalización de las tarifas de los servicios controlados por el Estado. Por ejemplo, en 1966, un alto funcionario gubernamental al ser consultado acerca de por qué creía que un empréstito extranjero era la mejor solución para los problemas que tenía por delante, contestó así a la pregunta: "Muy sencillo: las otras formas serían o un alza de impuestos... o un alza de tarifas." Ver Beatriz Reyes Nevárez, "Una tormenta nacional", *Siempre!*, México, 6 de febrero de 1966, pp. 14-15.

riorada cuenta corriente de la balanza de pagos. Para 1969 México había llegado al punto de tener que emplear el 22 por ciento de sus ingresos de cuenta corriente para el servicio de su deuda externa. Se había caído de lleno en el círculo vicioso del endeudamiento externo: tener necesidad cada vez más de nuevos y mayores préstamos a fin de servir la antigua deuda y permitir que quedara un remanente importante para financiar proyectos de desarrollo.

Al ascender al poder, el gobierno de Echeverría estaba claramente consciente de estos problemas y como se indica líneas atrás, se formularon diversas políticas para contrarrestarlos. Sin embargo y como ya se ha mencionado también, se falló casi en todas las líneas. No es la intención de este trabajo analizar en detalle el fenómeno, por lo que sólo habrán de mencionarse los hechos sobresalientes o las razones principales por las que —según opinión de algunos observadores— la economía de México terminó en 1976 peor de lo que estaba en 1970.

En primer lugar está el hecho de que durante el régimen de Echeverría el déficit comercial siguió creciendo a un ritmo mucho mayor, en promedio, que en los años anteriores. El déficit acumulado del decenio 1961-1970 alcanzó la cifra de 5 375 millones de dólares, mientras que el correspondiente a los seis años de gobierno de Echeverría ascendió a 13 337 millones.² Esto significa que el déficit comercial creció durante el primer periodo mencionado, a un promedio de 537 millones de dólares anuales, mientras que en el segundo, a razón de 2 222 millones al año.

Entre las principales razones que explican este extraordinario crecimiento del déficit comercial, está que las exportaciones, a pesar de la gran promoción gubernamental, nunca crecieron al ritmo de las importaciones. En algunos casos no se debió a contracción del volumen de exportación del producto, sino de su valor, dada la declinación de los precios internacionales que varias de las tradicionales exportaciones mexicanas tuvieron que afrontar. En otros casos, como el del azúcar, el problema fue doble: disminución del volumen y del precio de las exportaciones. Pero por otra parte, el valor de las importaciones tradicionales de México aumentó sensiblemente en un periodo de inflación mundial. Además, el país tuvo que enfrentarse, durante este periodo, a la pérdida de la autosuficiencia en dos renglones básicos de la economía: alimentos y petróleo. Esto ocurrió justamente en el momento en que tanto los precios de ciertos productos agropecuarios básicos, como los del petróleo, se dispararon para arriba explosivamente. Es de sobra conocida la historia reciente del mercado internacional del petróleo, por lo que baste decir, en el caso de los alimentos que México

² Banco de México, *Informes anuales*. México, 1962-1977.

se vio forzado a importar, que tan sólo el trigo aumentó su precio, en 1972, en cerca de un 300 por ciento.

En 1972 México se vio forzado a importar cereales, oleaginosas y leche por un valor de 1 798 millones de pesos; para 1973 tuvo que pagar 4 453 millones por este concepto; y para 1974 10 449 millones.³ Respecto del petróleo, México se vio forzado a importar parte de su consumo en 1972 hasta un valor por encima de los mil millones de pesos; en 1973 la cifra aumentó a 3 mil millones; y en 1974 se redujo a mil millones nuevamente.⁴ El descenso de 1974 se explica debido al hecho —casi milagroso— de que ese año campos petroleros recién descubiertos fueron puestos en explotación, lo que permitió al país volver a la autosuficiencia y hasta convertirse nuevamente en exportador —aunque en términos modestos— después de muchos años de no serlo.

Otro aspecto importante del deterioro del sector externo de la economía lo constituyó el hecho de que el superávit de la balanza de viajeros siguió reduciéndose en términos relativos al déficit comercial entre 1971 y 1974. Esto se debió principalmente a que los mexicanos siguieron viajando al exterior cada vez en mayor número, cancelando buena parte de los ingresos por concepto del turismo externo. Para 1975 el problema alcanzó tal punto de deterioro, que el superávit incluso llegó a decrecer en términos absolutos, al disminuir a 401 millones de dólares respecto de 507 millones que había significado en 1974. Es casi seguro que el año de 1976 hubiera mostrado al final un descenso aún más pronunciado, a no ser por la devaluación del 31 de agosto de ese año, que frenó la sangría del gasto de viajeros mexicanos al exterior durante el último cuatrimestre.

Las causas que explican el decrecimiento del superávit turístico se explican también por un fenómeno de estancamiento de la corriente de viajeros norteamericanos al país. En su momento, esto se atribuyó principalmente a un boicot declarado a México por los judíos norteamericanos como consecuencia del voto otorgado por el gobierno de México a un proyecto de resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, equiparando al sionismo con el racismo. Ahora parece claro que el fenómeno obviamente obedece a una serie de factores más complejos. Otras causas importantes fueron: el paulatino encarecimiento de los servicios turísticos mexicanos que le fue restando competitividad al país en el mercado turístico internacional y, al menos para 1976, la competencia que significaron para el

³ *Comercio Exterior*. México, Banco Nacional de Comercio Exterior, marzo de 1974 y marzo de 1975, pp. 323 y 360 respectivamente.

⁴ Banco Interamericano de Desarrollo, *Progreso económico y social en América Latina*. Washington, 1975, cuadro I-22, pp. 56-57. Conversión de dólares a pesos del autor del presente artículo.

mercado mexicano las festividades del Bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos, eventos que lograron desviar hacia adentro a un gran número de turistas norteamericanos que tradicionalmente viajaban al exterior.

El caso es que, durante el periodo que nos ocupa, tomados en su conjunto el turismo y las transacciones fronterizas (renglón que incluye turismo de radio local fronterizo) disminuyeron drásticamente su capacidad de financiar el déficit comercial. En el periodo 1961-1970, el superávit turístico y fronterizo acumulado logró cubrir el 76 por ciento del déficit comercial; para el periodo 1971-1976 sólo alcanzó a cubrir el 40 por ciento del déficit. Sin embargo, a partir de 1971 un renglón de ingresos recién llegado, las maquiladoras, empezó a destacar. Éstas ayudaron a paliar un tanto el problema debido a su rápido crecimiento. No obstante, tomando el periodo en su conjunto y sumando estos nuevos ingresos a los del turismo y las transacciones fronterizas, estos renglones fueron capaces de cubrir solamente el 55 por ciento del déficit. (Ver cuadro I del Apéndice Estadístico.)

Por su parte, el renglón de inversiones extranjeras también se contrajo durante el periodo, creando nuevas presiones a la balanza de pagos. Entre 1971 y 1976 el capital fresco que ingresó al país por este concepto ascendió a un total de 1 636 millones de dólares. Sin embargo, el renglón por concepto de remisión de utilidades y otros pagos de la inversión extranjera significó 3 536 millones, dejando, en consecuencia, un saldo negativo para todo el periodo de 1 900 millones.⁵

Es probable que el temor —por demás infundado— al clima político de apertura a la izquierda creado por el gobierno de Echeverría, la nueva ley de inversiones extranjeras, el encarecimiento de la mano de obra mexicana, la atracción de otros mercados con tasas de utilidad más altas y el posterior deterioro general de la economía mexicana, expliquen, al menos en parte, esta contracción en el renglón de inversión extranjera directa.

Al tiempo que esto sucedía en cuanto al deterioro de la cuenta corriente de la balanza de pagos, algo similar ocurría en cuanto a la deuda externa. A decir verdad, durante los dos primeros años en el poder, el gobierno se esforzó por estabilizar la deuda. Sin embargo, el deterioro de la cuenta corriente de la balanza de pagos, aunado al fracasado intento de reforma fiscal y a la decisión de no recortar el gasto público aun a costa de un presupuesto deficitario, condujeron necesariamente al gobierno, después de esos dos años de esfuerzo por estabilizar la deuda externa, a abandonar esta primera postura y a lanzarse abiertamente a una política de endeudamiento sin precedente. Entre 1970 y 1975 la deuda externa acumulada a plazo mayor de un año creció, de 3 776 millones de dólares a 11 612 millones.

⁵ Banco de México, *Informes anuales*. México, 1971-1977.

Tan sólo en 1975 se contrataron préstamos a plazo mayor de un año por valor de 3 859 millones de dólares, y de éstos, 1 655 —o sea cerca del 43%— tuvieron que aplicarse al pago de intereses y amortización de la deuda anterior, dejando un remanente de sólo 2 204 millones.

Para finales de 1975 estaba claro para muchos observadores que el deterioro cada vez mayor de la balanza de pagos era un indicador cierto de que una devaluación era inminente. Por una parte estaba claro que resultaba difícil poder continuar recurriendo a los empréstitos internacionales para financiar el déficit en cuenta corriente. El país hacía tiempo que había rebasado ya el límite que es considerado prudente, entre los círculos financieros internacionales, para seguir endeudándose. Por otra parte, comprimir las importaciones no era aconsejable, dado que equivaldría a frenar la tasa de crecimiento económico, puesto que éstas se componen abrumadoramente de bienes de producción. Limitar el gasto turístico de egreso “artificialmente” era igualmente peligroso, puesto que, a más de que podría exponer al país a alguna forma de represalia de parte de los Estados Unidos —principal destino de los viajeros mexicanos— conllevaba el peligro de que pudiera interpretarse como un signo de que se avecinaba un control de cambios generalizado, o una devaluación, lo que habría de crear fugas preventivas de capital.

Contrabalanceando estos argumentos estaban otros tales como el de que una devaluación no era pertinente por los efectos de encarecimiento del servicio de la deuda externa y de las importaciones que necesariamente acarrearía. El problema es que para principios de 1976 todos estos argumentos dejaron de tener valor práctico y fueron siendo relegados a una mera discusión teórica, pues a partir de ese momento los acontecimientos mismos, al escapar del control gubernamental y sucederse rápidamente, fueron los que empezaron a forzar el camino hacia la devaluación.

En los primeros meses de 1976 era ya clara la salida de fuertes cantidades de capital. La situación empeoró cuando el *Wall Street Journal* de Nueva York publicó un memorándum interno confidencial del Banco Mundial en el que se sugería para México una devaluación. Esta noticia fue reproducida por el diario *Excélsior* de la ciudad de México, por lo que la noticia tuvo un radio de difusión mayor. (Valga decir de paso que tal vez este incidente fue en parte causa de la posterior caída de la directiva de dicho periódico.) Por otra parte y más importante aún, es el hecho de que en los primeros días de agosto un grupo de legisladores norteamericanos envió una carta al presidente Ford —como una obvia maniobra de presionar al gobierno mexicano por la orientación de su política interna y exterior— expresándole “su preocupación” por ciertos desarrollos de la política mexicana. La carta fue reproducida en el *New York Times* como inserción

pagada por Radio Free Americas, con el propósito declarado de "Alertar a los ciudadanos de las Américas acerca de la amenaza comunista a nuestras libertades".⁶

Resulta en realidad muy difícil de evaluar el impacto real que todos estos incidentes haya podido tener en el público mexicano. Lo cierto es que poco después el gobierno decidió autorizar la elevación de la tasa de interés bancario, en un esfuerzo por detener la salida de capital. Esta medida llegó demasiado tarde y lo que es peor, fue interpretada como un claro anuncio de la inminente devaluación, por lo que lo único que provocó fue una estampida general y un éxodo mayor de capital. A partir de ese momento grandes capitales decidieron especular en contra del peso, forzando al gobierno a devaluar "en caliente" y antes de lo que obviamente hubiera esperado hacerlo. El 31 de agosto de 1976 se anunció oficialmente que el peso sería puesto a "flotar" y el lunes siguiente, primer día de actividades después del anuncio, el mercado cambiarlo abrió con una cotización de 20.50 por dólar, que significó una devaluación importante respecto de la anterior paridad de 12.50.

A fin de enfrentar el descontento social causado por la devaluación, el gobierno decidió poco después, aprobar un ajuste general de sueldos y salarios con carácter retroactivo a la fecha de la devaluación, por lo que casi automáticamente los precios empezaron a aumentar también sensiblemente. En consecuencia, quedaron cancelados gran parte de los efectos positivos que la devaluación debió haber ejercido a corto plazo sobre la exportación de bienes y servicios. Para mayor complicación, ese mismo mes se introdujo un impuesto a las exportaciones, bajo el argumento de que al ser éstas las beneficiadas por la devaluación, resultaba justo que compartieran su ganancia mediante un nuevo impuesto. El resultado fue que los productos de exportación se encarecieron aún más y nunca pudieron salir a competir en el mercado internacional en la medida que se esperaba.

Ante esta situación de mayor deterioro en la que casi todos los beneficios asociados con una devaluación quedaron anulados, pronto se empezó a esparcir el rumor de que una segunda y más fuerte devaluación estaba en puerta. Ante tal temor o el de que fuera a ser instituido un sistema de control de cambios, tocó el turno a los pequeños ahorradores de cambiar sus pesos por dólares, los que en medio de su pánico no alcanzaron a darse cuenta de que con su acción habrían de contribuir a precipitar la decisión que tanto temían: una segunda devaluación. Esta segunda devaluación, que se llevó a cabo unas cuantas semanas después de la primera, concretamente el 21 de noviembre siguiente, alcanzó una nueva paridad de 25 pesos por dólar.

⁶ *The New York Times*, 24 de agosto de 1976.

Para mantener la paridad de 12.50 por dólar durante la primera parte del año y las de 20.50 y 19.90 durante las semanas que mediaron entre la primera y la segunda devaluación, el gobierno se vio forzado a usar la reserva de divisas y contraer obligaciones crediticias de corto plazo en el extranjero —principalmente en el Fondo Monetario Internacional y la Tesorería de los Estados Unidos— aparte de los préstamos contraídos a plazo mayor para ese mismo año. Como resultado de lo anterior, al finalizar el año la deuda pública externa había ascendido a un total de 19 600 millones de dólares: 15 923 millones correspondientes a compromisos a plazo mayor de un año y 3 676 millones a los de plazo menor, o sea un aumento de 35% respecto del año anterior.⁷

El costo político fue aún mayor, pues se creó una crisis de confianza en la veracidad y capacidad gubernamentales. Sobrevino la “dolarización” de las cuentas bancarias y de las transacciones comerciales; el crédito se contrajo y con ello los negocios. El gobierno del presidente Echeverría perdió casi por completo el control de los acontecimientos de la última parte de su mandato y su imagen pública se deterioró notablemente, al grado que tal vez ningún otro presidente saliente del periodo llamado de la Revolución institucionalizada haya tenido que enfrentar.

El presidente entrante, José López Portillo, heredó un país en crisis. Aparte de los graves problemas económicos que tuvo que enfrentar desde el primer día de gobierno, la principal preocupación que obviamente tenía por delante era la de restituir la confianza de los mexicanos en su propio gobierno. Tarea bien difícil cuando la brecha de credibilidad en el gobierno se había ahondado; cuando las arcas nacionales estaban vacías y el crédito internacional saturado; cuando la inflación se había enseñoreado del país y los grupos con fuerza política se habían acostumbrado a presionar por constantes revisiones de precios y salarios; cuando la economía en general se había estancado, todo ello en un país ya de por sí castigado por el desempleo y el subempleo crónicos.

Por otra parte, en cuanto al frente externo se refiere, el nuevo gobierno se encontró frente a una capacidad de negociación notoriamente debilitado debido a la gravedad y urgencia de la crisis económica. Esto es particularmente cierto con respecto a las instituciones financieras internacionales y a los Estados Unidos, principales acreedores de la deuda externa. Tanto el gobierno anterior, como el de López Portillo, tuvieron que recurrir para capear el temporal a cuantiosos empréstitos internacionales, justamente en un momento en que la deuda externa de los países del Tercer Mundo había llegado a índices tan altos en su conjunto, que en los círculos financieros internacionales se discutía la necesidad de obligar a los países deudores a

⁷ Banco de México, *Informe anual*. México, 1977.

tomar más estrictas medidas disciplinarias en su economía. Esto reza también para países deudores industrializados, como es el caso de la Gran Bretaña, cuyo gobierno se vio en la necesidad de vender parte de sus acciones de la *British Petroleum*, compañía de propiedad mayoritaria estatal, para cumplir con el ofrecimiento hecho al Fondo Monetario Internacional a cambio del financiamiento recibido en fecha reciente.⁸

Es lógico suponer que México, por su parte, también se haya visto en la necesidad de aceptar el cumplimiento de varias medidas disciplinarias como condición para sus empréstitos internacionales. Algunas de estas condiciones deben incluir medidas que seguramente están en conflicto con varias de las más preciadas tesis de la doctrina de la Revolución Mexicana, particularmente la llamada economía mixta y todo lo que ella implica en cuanto a la participación del Estado en el desarrollo económico a través de la propiedad de empresas y servicios diversos. El cumplimiento de tales medidas puede conducir también al descontento social como ha ocurrido en otros países que se han visto obligados, por la misma razón, a abandonar políticas de apoyo a las revisiones salariales y de subsidio a servicios diversos y a ciertos artículos de consumo popular. Finalmente, es casi seguro que no dejarán de surgir acusaciones en el sentido de que se está sacrificando la soberanía nacional al permitirse interferencias del extranjero en la conducción del proceso de desarrollo interno.

Por otra parte resulta obvio que respecto a los tratos con Washington, la posición negociadora sufrió también un claro debilitamiento. Esto no se deriva meramente de los importantes empréstitos concedidos a través de la Tesorería de los Estados Unidos para apoyar la reserva del Banco de México; se deriva, sobre todo, de la crisis general de la economía mexicana, que obliga a negociar desde una posición de debilidad y urgencia, más que desde la solidez fundada en la estabilidad social y el desahogo económico, cuando no existe la necesidad de obtener concesiones y trato especial en las relaciones económicas. Todos estos problemas son tratados con amplitud en otro artículo del presente volumen, por lo que baste decir que el debilitamiento general de la posición negociadora internacional de México quedó en claro durante la entrevista entre los presidentes de México y los Estados Unidos celebrada en Washington el mes de febrero, cuando López Portillo se vio obligado a declarar:

Los Estados Unidos tienen que afrontar la gran responsabilidad con México, no sólo como vecino geográfico, sino también como vecino que se encuentra en proceso de desarrollo.⁹

⁸ *International Herald Tribune*, París, 15 de junio de 1977, p. 7.

⁹ Discurso en la Casa Blanca del 14 de febrero de 1977. Tomado de *Tiempo*. México, 21 de febrero de 1977, p. 8.

EL NUEVO GIRO DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA

La otra cara de la coyuntura que constituye el trasfondo actual de las relaciones entre México y los Estados Unidos, está significada por lo que podría decirse es el nuevo espíritu de la política exterior norteamericana.

Como resultado del sacudimiento que provocó la guerra de Vietnam y posteriormente el escándalo de Watergate, la moral nacional de los Estados Unidos se vio fuertemente quebrantada. Amplios sectores del pueblo norteamericano perdieron la confianza en sus instituciones políticas y —lo que es más importante para nuestro análisis— en la autenticidad y validez de la política exterior en su papel de redentora del “mundo libre”. La erosión moral causada por la guerra fue lo que condujo al gobierno de Nixon a retirarse de Vietnam. Pero después vino el escándalo de Watergate —y la caída del propio Nixon— con lo cual la moral nacional se quebrantó aún más. Subió al poder, conforme al procedimiento marcado por la Constitución, el vicepresidente Gerald Ford, quien al tener que encarar la crisis de confianza y por haber llegado a la presidencia sin la sanción de una elección, no tuvo fuerza sino para paliar la situación interna, dejando la política exterior en manos prácticamente de un solo hombre, el secretario de Estado Henry Kissinger, quien se caracterizó por su enfoque ultrapragmático en el tratamiento de los asuntos internacionales.

Como consecuencia de todo lo anterior, el presidente Carter, quien desde su campaña electoral se planteó una estrategia moralista, ha encauzado a la política exterior hacia la búsqueda de una nueva legitimidad del liderazgo mundial norteamericano, tanto para efectos de consumo interno, como para restablecer el prestigio que otrora tuvieron en el exterior como defensores del “mundo libre”. Para ello ha rescatado a la política exterior del “cínico” pragmatismo kissingeriano y la ha cubierto con un nuevo manto ideológico: la cruzada por los derechos humanos.¹⁰

Puede decirse también que con este nuevo énfasis ideológico, el gobierno de Carter pretende poner a los Estados Unidos a la contraofensiva en su competencia mundial político-ideológica con la Unión Soviética. Parece claro que el gobierno norteamericano piensa que los directivos soviéticos interpretaron errónea o exageradamente los efectos que Vietnam y Watergate ejercieron sobre la política exterior norteamericana, en el sentido de que los Estados Unidos se vieron forzados, durante el gobierno de Ford, a batirse en retirada hacia una posición de repliegue defensivo generalizado. Para los ojos de Washington, la creciente presencia soviético-cubana en África, significa justamente una consecuencia de esta interpretación de Moscú, que

¹⁰ Ver, por ejemplo, su discurso en la Universidad de Notre Dame del 22 de mayo de 1977.

debe corregirse mostrando que los Estados Unidos están dispuestos a no sacrificar su influencia en zonas y países que consideran ligados al interés norteamericano.

Sea o no correcta la interpretación soviética, o la norteamericana, lo cierto es que los Estados Unidos se han embarcado en una contraofensiva político-ideológica. Es lógico pensar que el gobierno de Carter siente que en el nuevo énfasis en los derechos humanos tiene un arma con la cual puede contragolpear a la Unión Soviética —sin embarcarse en nuevas aventuras militares— en un punto altamente sensible: la cohesión ideológica interna, la del bloque de los países socialistas y la del comunismo internacional, sobre todo por lo que se refiere a los partidos comunistas de países capitalistas, principalmente europeos.

Como táctica de contragolpe tal vez sea poco lo que Carter pueda lograr en la Unión Soviética a nivel interno, a más de ponerla en evidencia ante la opinión internacional. Sin embargo, esto es lo que al parecer se persigue en el fondo, pues mientras mayor sea la supresión de la disidencia interna en la Unión Soviética y en los países del bloque socialista, mayores serán las grietas entre los partidos comunistas de Europa Occidental y la ortodoxia moscovita.

El fenómeno que ha dado en llamarse “eurocomunismo”, ejemplificado por la nueva línea de interpretación ideológica seguida principalmente por los partidos comunistas italiano, francés y español, está en gran parte basada, precisamente, en el papel que los derechos individuales deben ocupar en el proceso de construcción del socialismo, en países que han alcanzado altos estadios en el desarrollo del capitalismo y en la democracia parlamentaria. En pocas palabras, esto significa la abolición, respecto de la doctrina marxista-leninista, del estadio de la dictadura del proletariado como paso inevitable en el camino hacia el socialismo.

La grieta parece haberse ensanchado con la polémica surgida a partir de la diatriba lanzada por Moscú al líder del Partido Comunista Español, Santiago Carrillo, a través de un editorial de un semanario soviético aparecido el 23 de junio pasado. En este editorial se le acusa —y de paso se desautoriza a los otros partidos comunistas europeos— de que su concepto de “eurocomunismo” tiende a fomentar la división del comunismo internacional y que por ello es bien recibido entre los propagandistas e ideólogos burgheses.¹¹

Sin embargo, para varios observadores, entre ellos el ex secretario de Estado Henry Kissinger, resulta difícil discernir hasta qué punto la posición sostenida por los partidarios del eurocomunismo es una diferencia ideológica de fondo con Moscú o una simple táctica electoral para atraerse mayores

¹¹ *Le Monde e International Herald Tribune*. París, 24, 25 y 27 de junio de 1977.

votos en países cuya población goza de altos niveles de vida y de una arraigada —con excepción de España— tradición en cuanto a derechos individuales. Sea cual fuere la razón y lo que depare el futuro, lo cierto es que para mediados de 1977, las relaciones entre Moscú y estos partidos aparecían bastante deterioradas y el gobierno de Carter muy dispuesto a sacar partido de ello.

El nuevo énfasis ideológico de la política exterior norteamericana, trata también de subrayar un cambio de actitud frente a regímenes dictatoriales de derecha a los que se había apoyado con anterioridad por su militante anticomunismo. Esto se ha visto claramente en la región latinoamericana, en donde las relaciones de los Estados Unidos se han agriado con respecto a Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y algunos de los países centroamericanos. Dado que se trata de países con gobiernos militares dictatoriales, la reacción mayoritaria en la opinión pública mundial ha sido de franco aplauso. Sin embargo, debe reflexionarse seriamente acerca de los excesos a que puede llegar esta política, principalmente respecto a terceros países.

No se requiere recurrir muy profundamente a la historia para recordar que cada vez que los Estados Unidos han actuado en el exterior a nombre de un "imperativo moral" basado en la naturaleza e ideales norteamericanos, las consecuencias para los países débiles han sido funestas. Baste recordar que fue a nombre de ese "imperativo moral" que Wilson intervino en la Revolución Mexicana a fin de "enseñar a los mexicanos a gobernarse", encubriendo con ello otras intenciones. Fue también, precisa y "... paradójicamente un impulso paralelo [al de Carter] el que llevó a presidentes anteriores de los Estados Unidos a terribles aventuras de política exterior. El impulso básico de la intervención norteamericana en Vietnam fue el de salvar a los vietnamitas del comunismo, tanto por razones estratégicas como morales".¹² Y es que el celo moralista en la política norteamericana se ha fundado tradicionalmente en una ética etnocentrista que resulta siempre de la arrogancia que da el poder.

Por lo pronto, el nuevo secretario de Estado, Cyrus Vanee, ya ha esgrimido la amenaza de que en adelante la cooperación económica y aún el comercio quedarán ligados a la observancia de los derechos humanos en el área de América Latina.¹³ De esto podrán aprovecharse en el futuro distintos "lobbies" para esconder sus verdaderas intenciones proteccionistas tras la careta de los derechos humanos.

Otra consecuencia importante producto de las experiencias de Vietnam

¹² Hedrick Smith, "Carter Aid Decision Closes Pragmatic Foreign Policy Era", *International Herald Tribune*, París, 28 de febrero de 1977.

¹³ Discurso en la Sesión Inaugural de la Conferencia Anual de la Organización de Estados Americanos. St. Georges, Granada, 14 de junio de 1977.

y Watergate, que tiende a influir necesariamente el trasfondo de las relaciones de los Estados Unidos en general y las mexicano-norteamericanas en particular, es el fortalecimiento del Congreso de los Estados Unidos a costa del Poder Ejecutivo. En ningún aspecto del proceso gubernamental se da este nuevo fenómeno con tanta claridad como en el campo de la política exterior. Por ejemplo, el énfasis en los derechos humanos de la política exterior fue, en realidad, una innovación del Congreso que antecede la entrada de Carter a la presidencia. Esto no quiere decir que no haya sido Carter quien le dio amplitud y lo elevó a la categoría de principio rector de la política exterior. Simplemente significa que este sentimiento ya existía con anterioridad en el Congreso. Es más, algunas de las primeras acciones de Carter en este sentido, como por ejemplo, condicionar la ayuda militar al respeto de los derechos humanos, se llevaron a cabo siguiendo un mandato del Congreso. Pero éste parece haberse envalentonado con sus propios y tempranos triunfos y ahora quiere llevar su mandato más lejos aún: condicionar los fondos de cooperación económica que aporta Washington a través de las instituciones financieras internacionales de carácter público, al respeto de los derechos humanos de parte de los países beneficiarios.

Es probable que este proyecto se deba en el fondo al hecho de que, al haber reducido los Estados Unidos el monto de sus programas bilaterales de ayuda económica y militar en la región, el Congreso siente que no existe más el instrumento necesario para ejercer influencia directa en los países de la región. Sea cual fuere la razón, el hecho es que existe el peligro latente de que la ayuda multilateral —en su parte norteamericana— quede sujeta al escrutinio del Congreso de uno de los países miembros. Esto equivaldría, para todo efecto práctico, a que la cooperación multilateral quedara relegada al mismo rango que la ayuda bilateral. Cuando un cierto país solicita ayuda bilateral, sabe de antemano que esto involucra condiciones políticas formuladas conforme al criterio e interés del donante. Éstas, después de todo, son las reglas aceptadas y en última instancia se puede decir que constituyen un “juego limpio”, pues se sabe de antemano que ningún país va a sacrificar fondos por meras razones “humanitarias” y el beneficiario sabrá si lo acepta o no. Sin embargo, la cooperación multilateral es otra cosa. Se supone que fue creada precisamente como un esfuerzo colectivo para enfrentar la pobreza mundial sobre la base de criterios aprobados mediante el consenso internacional, libre de consideraciones políticas coyunturales e independiente de intereses unilaterales de los países miembros.

Sin embargo, no se puede exagerar tampoco acerca de los alcances reales de los restablecidos poderes del Congreso de los Estados Unidos. Se ha dicho en grado por demás abundante, que los poderes del Congreso son más bien de carácter negativo, que de propia iniciativa. Es decir, simplemente

poder de veto. Pero no hay que olvidar que es en materia de lo que podría decirse son decisiones de segunda importancia —precisamente las que más aquejan nuestras relaciones comerciales con los Estados Unidos— en las que con mayor frecuencia se ejerce este poder de veto.

Por otra parte tampoco hay que olvidar que el Congreso tiende a reflejar puntos de vista e intereses particulares de carácter seccional, geográfico y privado, y que por ello necesariamente representa una visión fraccionada —y con frecuencia miope— del interés público de los Estados Unidos. No es por mero accidente entonces que proyectos tales como la llamada Ley Rodino, que hacía pender la amenaza de la deportación masiva de mexicanos, sin medir las consecuencias que ello podría tener para la economía de México y las relaciones entre los dos países, se originó justamente en el Congreso, como reflejo de intereses particulares de grupos privados. Es además sintomático de la nueva arrogancia del Congreso —o de la poca importancia que éste concede a México— el hecho de que la comparecencia de López Portillo ante los legisladores haya sido recibida con notoria tibieza.¹⁴

Compensa esta situación el hecho de que la primera reacción de Carter hacia la situación que enfrenta el nuevo gobierno mexicano, haya sido en sentido cooperativo. Es más, como es sabido, el gobierno de Carter tiene entre sus planes principales un programa de estímulo de la economía internacional, uno de cuyos puntos sobresalientes es acudir al rescate de los países deficitarios —entre ellos México— a base de un aumento general del comercio aún a expensas del propio déficit comercial norteamericano y de los amplios superávits del Japón y Alemania Federal.¹⁵ Esto no quiere decir, sin embargo, que la creciente ideologización de la política norteamericana, así como el renovado poder del Congreso, no vayan a dejar de influir en las relaciones con México. Por otra parte, este espíritu cooperativo de Carter hacia México no es enteramente gratuito. Está influido en parte, obviamente, por su política petrolera, asunto que es tratado con mayor detalle en los párrafos subsecuentes.

VIEJOS Y NUEVOS ELEMENTOS DE NEGOCIACIÓN

No obstante la gravedad de la crisis económica por la que atraviesa el país, el gobierno mexicano no está totalmente desarmado en sus tratos con Washington. Posee, al menos, dos elementos que jugar como cartas de negociación: la nueva riqueza petrolera y la importancia de la vecindad inmediata.

¹⁴ *The Guardian*. Londres, 19 de febrero de 1977.

¹⁵ *The Times*. Londres, 28 de enero de 1977.

Los Estados Unidos han estado interesados en el petróleo mexicano desde el momento mismo en que se conoció acerca del descubrimiento de nuevos y grandes mantos. No fue por mero accidente tal vez que la primera noticia acerca de estos nuevos mantos provino, precisamente, de los Estados Unidos.

Los Estados Unidos parecen estar particularmente interesados en el petróleo mexicano dado que en medio de una "crisis de energéticos", tal vez se piense que en México se puede desarrollar una fuente más confiable de abastecimiento. Ha habido ciertas especulaciones en el sentido de que los Estados Unidos desearían utilizar a México como una especie de esquirol para romper el cartel que significa la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en el mercado internacional.¹⁶ Aparte de que ello resultaría mal negocio para México, es difícil pensar que esto podría ocurrir sin que el gobierno mexicano encontrara fuerte oposición interna y se deteriorara su imagen ante la opinión pública nacional. Lo cierto es que Carter tiene, como uno de los principales objetivos de su gobierno, reducir la dependencia petrolera de los Estados Unidos respecto de los países de la OPEP que representa aproximadamente la tercera parte del consumo. Esto es más importante a partir de que un antiguo e importante abastecedor de petróleo extranjero de los Estados Unidos, Canadá, que no es miembro de la OPEP, decidió reducir sus exportaciones como medida preventiva para el abastecimiento del consumo interno.¹⁷

Para lograr su objetivo en el petróleo mexicano, los Estados Unidos no han necesitado ejercer presión alguna sobre México. La crisis económica por la que atraviesa el país provee de incentivos más que suficientes para que el gobierno mexicano mismo sea el primer interesado en aumentar la capacidad nacional de exportación, particularmente en un momento de bonanza del mercado internacional del petróleo. Naturalmente se han presentado reacciones críticas entre ciertos sectores de opinión —y de seguro habrá habido también cierta oposición dentro del gobierno mismo— ante el prospecto de que México se convierta en gran exportador y con ello quede relegado al pasado el antiguo principio doctrinario de la Revolución de que los recursos naturales de carácter no renovable, particularmente el petróleo, deben reservarse para las necesidades futuras del desarrollo nacional. Se teme también que las crecientes exportaciones de petróleo a los Estados Unidos se conviertan en una nueva y más sólida liga de dependencia respecto de ese país. Sin embargo, el deterioro económico no da lugar a mucha

¹⁶ Ver, por ejemplo, *The Guardian*. Londres, 14 de febrero de 1977.

¹⁷ Como resultado de dicha decisión, Canadá redujo su participación en el mercado norteamericano de petróleo importado, de un 18 a un 14 por ciento entre 1974 y 1975, mientras la de la OPEP aumentó de un 73 a un 78 por ciento. U. S. Government, *International Economic Report of the President*. Washington, U. S. Printing Office, 1976, pp. 13, 14, 28 y 109.

flexibilidad de maniobra y por si ello no fuera suficiente, el gobierno requiere de estar en buenos términos con Washington debido a otro grave problema que enfrenta en sus relaciones con los Estados Unidos: los varios millones de mexicanos que radican en los Estados Unidos sin la documentación migratoria correspondiente y para quienes pende el peligro de ser deportados a México. De ser ésta la solución que se diera al problema, México tendría que enfrentarse a la grave situación de tener que reincorporar a esta enorme masa de mexicanos a un mercado de trabajo ya de por sí castigado por un crónico desempleo y subempleo, agudizado por la crisis por la que atraviesa actualmente la economía.

Por lo pronto, el gobierno mexicano ya se ha embarcado, sin mucha oposición, en una decidida política de explotación de la nueva riqueza petrolera, como una fórmula para hacer salir al país de la crisis económica. Se espera con ello ayudar a financiar en forma creciente el déficit comercial y el servicio de la deuda externa, así como restablecer la confianza entre los inversionistas privados, nacionales y extranjeros. El único obstáculo para poder aumentar aún más la producción, y en consecuencia las exportaciones, ha sido más bien, el poder contar con financiamiento externo adicional en un momento en que el crédito internacional de México se encuentra altamente saturado.

Sin embargo, para principios de 1977 el nivel de producción había llegado ya a la cifra de un millón de barriles diarios, estimándose que de éstos, 153 mil eran destinados a la exportación, principalmente a los Estados Unidos.¹⁸ Es de esperarse que la bonanza de los precios del combustible dure lo suficiente como para que el país pueda obtener provecho de ello en la medida en que lo necesita, a pesar del efecto que sobre la oferta mundial puedan ejercer el propio petróleo mexicano, así como el proveniente de otros nuevos mantos de importancia, como son los del Mar del Norte y Alaska. De aquí la necesidad de coordinar la producción entre los países exportadores.

¹⁸ La fecha exacta fue el 11 de febrero de 1977. Ese día México batió su propio récord de producción, incluyendo el periodo cuando las compañías extranjeras explotaban el petróleo mexicano, las que llegaron a alcanzar un promedio diario de 529 mil barriles diarios en el año de 1921. *Tiempo*, México, 21 de febrero de 1977. Por otra parte es importante hacer notar que, como gesto de buena voluntad y a escasos días de su encuentro con el mandatario norteamericano, el presidente López Portillo ordenó el envío urgente de 40 millones de pies cúbicos de gas a los Estados Unidos para ayudar a sortear la escasez de combustible que se presentó en algunos estados de la Unión como consecuencia de un crudo invierno. En su momento se especuló acerca de que México había absorbido parte del costo de transportación. *International Herald Tribune*. París, 4 de febrero de 1977 y *The Guardian*. Londres, 14 de febrero de 1977.

Por su parte, el gobierno mexicano ha declarado que no contempla por el momento convertirse en miembro de la OPEP.¹⁹ Sin embargo, la verdadera prueba de fuego para la política exterior del nuevo gobierno vendrá cuando las exportaciones asciendan a un monto tal en que por su importancia llegue el momento de decidir si México debe adherirse a la OPEP. Mientras tanto, el país puede seguir favoreciéndose gratuitamente de la situación que significa vender su petróleo al precio impuesto por la OPEP, sin ser uno de sus miembros.

Existe otro elemento que atenúa la posición de debilidad que México presenta actualmente al negociar con Washington los problemas de sus relaciones: la importancia de la vecindad geográfica inmediata. No se necesita de mucha elaboración para demostrar que Washington prefiere que México continúe gozando de estabilidad económica y política, en la medida en que su gobierno no signifique una amenaza para sus intereses. Un país inestable en sus fronteras va en contra de su propia tranquilidad y seguridad públicas, así como en contra de sus intereses económicos. En la medida en que la economía mexicana sea incapaz de absorber los crecientes "excedentes" demográficos del país, la corriente migratoria hacia el vecino del norte seguirá ensanchándose, a menos que los Estados Unidos se vean forzados a tomar medidas cuya drasticidad podría llegar incluso al cierre de la frontera. Sin embargo, independientemente de las obvias dificultades tanto administrativas como fundamentalmente políticas que ello significaría, cerrar la frontera equivaldría a taponar la válvula de escape con el peligro que ello encierra para la estabilidad social y política de México. Una creciente inestabilidad en México no solamente crearía otro tipo de peligros mayores para los Estados Unidos, sino que indudablemente reforzaría los incentivos para la emigración.

Es interesante notar con relación a la importancia que puede tener la proximidad geográfica, que el presidente Carter decidió que los primeros huéspedes extranjeros de la Casa Blanca durante su mandato deberían ser los jefes de gobierno de sus dos vecinos inmediatos, México y Canadá, en un momento en que ambos países atraviesan por situaciones difíciles que amenazan su estabilidad. Esto pudo haber sido quizás un mero gesto diplomático, o un acto simbólico para significar el inicio del cambio de la política respecto de otras preocupaciones de la era kissingeriana. Sin embargo, resulta lógico que para los Estados Unidos es preferible, por razones tanto económicas como políticas, vivir frente a vecinos que gocen de amplia estabilidad.

¹⁹ Declaración del Director de PEMEX durante la firma en Londres de un préstamo concedido por varios bancos internacionales. *International Herald Tribune*. París, 22 de marzo de 1977.

Para terminar y como conclusión de todo lo anterior, puede decirse que un nuevo tipo de relación parece haber venido gestándose entre México y los Estados Unidos; una relación en la que a México tocará por necesidad "disciplinarse" en mayor o menor grado en los criterios del propio gobierno norteamericano y de las grandes instituciones financieras internacionales. Tal vez esto sea lo que la difícil realidad actual dicte como táctica a corto plazo. Sin embargo, la estrategia a largo plazo debe ser otra. En el caso de México la política exterior debe concentrarse en auxiliar el desarrollo interno y hacer disminuir la dependencia externa hasta límites tolerables para la soberanía nacional, pero compatible con las necesidades económicas y las demandas sociales populares. Pero esto no se obtiene a base de una diplomacia verbalista, estridente, o con base en convenios vistosos pero inoperantes en la práctica. Se logra mediante un esfuerzo callado y sistemático, sostenido a largo plazo, para atacar las bases reales de esa dependencia.

APÉNDICE ESTADÍSTICO

Cuadro I

MÉXICO: EVOLUCIÓN DE LAS BALANZAS COMERCIAL, TURÍSTICA Y DE LAS TRANSACCIONES FRONTERIZAS

(Millones de dólares)

Año	1 Export.	2 Import.	3 Saldo	4 Turismo (neto)*	5 Maquila- doras	4 + 5
1971	1 363	2 254	— 891	643	102	745
1972	1 665	2 717	— 1 052	750	164	914
1973	2 063	3 812	— 1 749	978	277	1 255
1974	2 755	5 946	— 3 191	1 072	443	1 515
1975	2 858	6 580	— 3 722	988	454	1 442
1976	3 297	6 029	— 2 732	995	520	1 515
	14 001	27 338	—13 337	5 426	1 960	7 386

* Incluye transacciones fronterizas.

FUENTE: Banco de México, *Informes anuales*.

Cuadro II

MÉXICO: EVOLUCIÓN DE LA DEUDA PÚBLICA EXTERIOR A PLAZO MAYOR DE UN AÑO

(Millones de dólares)

1956	1960	1965	1970	1972	1975	1976
491	1 151	2 114	3 776	4 854	11 612	15 845

FUENTES: Primera columna: Badri Rao, *Cambios recientes en la deuda pública externa de los países latinoamericanos*. México, CEMLA, 1964.

Segunda a quinta: Banco Interamericano de Desarrollo, *Informe anual* 1974. Washington, 1975.

Sexta y séptima: Banco de México, *Informe anual* 1976. México, 1977.

Cuadro III

MÉXICO: INVERSIÓN EXTRANJERA DIRECTA

(Millones de dólares)

Año	Nuevas inversiones	Remisión de dividendos	Saldo
1971	196	383	— 187
1972	189	451	— 262
1973	287	518	— 231
1974	272	704	— 432
1975	362	699	— 337
1976	330	781	— 451
	1 636	3 536	—1 900

FUENTE: Banco de México, *Informes anuales*, 1971-1976.

Cuadro IV

MÉXICO: PRODUCCIÓN DE PETRÓLEO CRUDO

Año	Número de barriles diarios	Porcentaje de la producción mundial
1960	270 000	1.3
1965	328 000	1.1
1970	420 000	.9
1971	434 000	.9
1972	444 000	.9
1973	465 000	.8
1974	580 000	1.0
1975	720 000	1.4
1977	1 000 000*	n.d.

* Al 11 de febrero.

FUENTE: Años 1960-1975: U. S. Government, *International Economic Report of the President*. Washington, 1975 y 1976, pp. 152 y 172, respectivamente.

Año 1977: Informe de PEMEX, *Tiempo*. México, 21 de febrero de 1977, p. 20.

Cuadro V

MÉXICO: BALANZA DEL COMERCIO EXTERIOR DE PETRÓLEO

(Millones de dólares)

Año	Importación	Exportación
1972	100	—
1973	262	—
1974	357	133
1975	—	460
1976	—	557

FUENTES: Años 1972 y 1973: Banco Interamericano de Desarrollo, *Progreso económico y social en América Latina: informe anual 1974*. Washington, 1975, pp. 56-57. Año de 1974: Informe del Director de PEMEX, 18 de marzo de 1975.

Años de 1975 y 1976: Banco de México, *Informe anual 1976*. México, 1977.